



MARC AUGÉ

Casablanca

*Traducción de Margarita Polo,
Gedisa, Barcelona, 2008, 118 pp.
ISBN 978-84-9784-275-4
(Casablanca, Éditions du Seuil, París,
2007)*

George Steiner menciona en alguna parte de su obra que, en una sala de proyección de Cambridge, se pasa *Casablanca* sin sonido; a coro, los estudiantes, y profesores como el propio Steiner, recitan toda la película de memoria. No creo que haya otra película —salvo, en un orden muy distinto, un orden privado o doméstico, ¡*Qué bello es vivir!* de Frank Capra— con la que suceda lo mismo o que haya generado, en todas partes, un clima cinematográfico semejante. Por seguir con las comparaciones o los precedentes, habría que recordar que *Caballero sin espada* de Capra estuvo proyectándose ininterrumpidamente en las salas de cine de Francia hasta que las tropas alemanas la ocuparon y que *Casablanca* incluye un doble homenaje a *La gran ilusión* y a *La Marsellesa* de Jean Renoir en una de las escenas más memorables, cuando Victor Lazslo ordena que la orquesta toque *La Marsellesa*. Marc Augé recuerda que a sus padres, que le llevaron a ver *Casablanca* cuando la película pudo estrenarse en Francia, en 1947, después de la guerra, les emocionaba sobre todo esa escena. Sin duda, todo esto es relevante, pero no explica por qué *Casablanca* se ha convertido por sí misma en una imagen de la imaginación cinematográfica para millones de personas. Explicar su irresistible atractivo para

una de ellas —para un antropólogo francés contemporáneo del estructuralismo y de las corrientes de pensamiento más analíticas y deconstructivas que haya conocido la historia— es el propósito de este pequeño volumen, que exige cierta intimidad o recogimiento para ser leído. La edición original francesa se incluye en una serie de libros sobre el siglo XXI; la edición española en una serie de libros dedicados a ‘La película de mi vida’, necesariamente heterogénea.

La antropología es una ciencia melancólica, y Augé traslada esa melancolía a sus recuerdos de *Casablanca* —en cierto modo, esa melancolía parece generacional: es legendaria la figura de un Deleuze disfrazado de Humphrey Bogart por los cines del Barrio Latino, inseparable de la lluvia que cae siempre sobre la ciudad y, digámoslo así, sobre su corazón—. Parte de esa melancolía tiene que ver con el hecho de que, a pesar de que se trata de un ejercicio de la memoria, la memoria es involuntaria y selectiva. Hay cierta abulia en las páginas de Augé que realzan el esplendor inmodificable de la película. Esa abulia obliga a entender la memoria —en lo que creo que constituye la idea más poderosa de Augé— como un montaje cinematográfico. Es menos claro que el autor hubiera podido escoger otros recuerdos u otro montaje. Hay cierta inevitabilidad en el montaje cinematográfico que hace del cine, mucho antes de que se proyecten las imágenes, una imagen de la fatalidad: no hay nada distinto a lo que vemos, no hay otra película —la costumbre de acompañar las películas con *stills* o secuencias de rodaje es mera promoción y nada tiene que ver con lo esencial del cine.

El montaje cinematográfico también podría ser comparado con el *bricolage* antropológico. Augé trabaja, de hecho, con ambas opciones. La fatalidad cinematográfica obliga a preguntarse por la verdad cinematográfica, por la historia que *Casablanca* en comparación con lo que sucedió en Casablanca durante la guerra y que Augé conoce más por la experiencia familiar que por la historia con mayúsculas: el hecho de que uno de sus tíos —un héroe para el niño que Augé era entonces— se opusiera inicialmente, como casi toda las tropas francesas destacadas en el norte de África, al desembarco de los aliados empaña la mirada francesa. Naturalmente, lo que la mirada de un antropólogo descubre en seguida es la cuestión colonial —Augé pertenece a una familia de “verdaderos coloniales”—, y si *Casablanca* podría resistir el *remake* paródico de los hermanos Marx, tal vez no podría resistir el contraplano de *La batalla de Argel*, sobre la que Augé guarda un elocuente silencio. *Casablanca* es, en cierto modo, lo que Augé ha descrito, en uno de sus libros más brillantes como antropólogo, como un “no lugar” (*non-lieux*), e incluso podríamos pensar si la película no alimenta “el viaje imposible” con el que Augé ha tratado de caracterizar el turismo y sus imágenes. *Casablanca*, tanto el libro de Augé como la película de Curtiz, gana o pierde con la comparación con el oficio de antropólogo.

El montaje en sí no es el único recurso del antropólogo que ha hecho de la movilidad una herramienta eficaz en el análisis. “Cuando uno vuelve a verla después de años, una película es una suerte de largo *flash-back*. Volver a ver una película es reencontrar un pasado que conserva toda la vivacidad del presente.”

Antonio Lastra